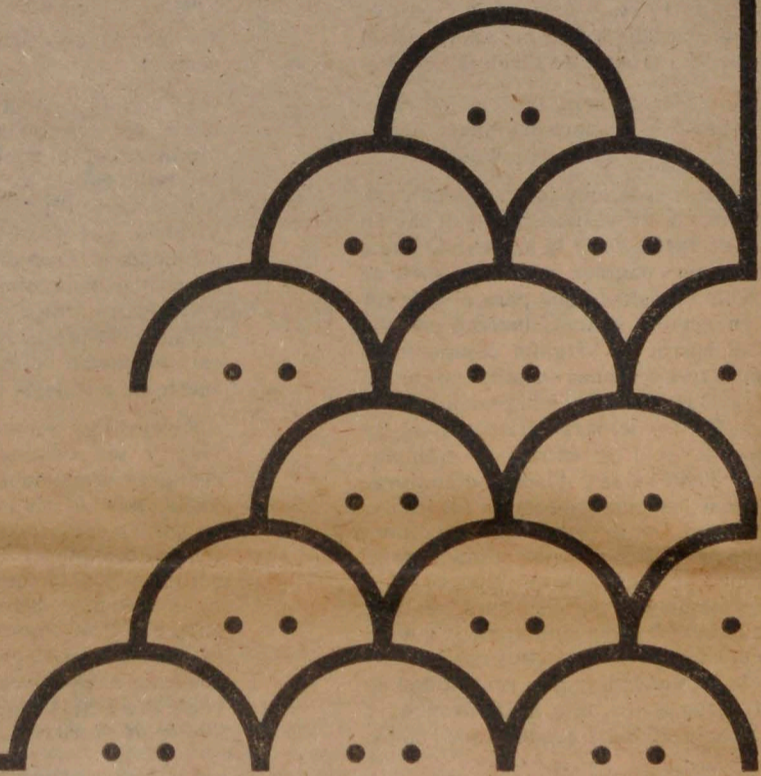


Farsicosas

La incomunicación de la comunicación

Sergio Vodanovic

La opinión personal de cada quien es la misma que se difunde por los medios masivos



S upongo que será eso que llaman una paradoja. Pero en un tiempo que se caracteriza, al decir de los sociólogos, por el auge de las comunicaciones, coetáneamente en el campo dramático nace el llamado teatro de la incomunicación.

Alguien parece estar equivocado.

Las pruebas y argumentos en favor de quienes denominan nuestro tiempo como la era de la comunicación, parecen ser irredarguibles. Ahí están los medios masivos de comunicación: la prensa, la radio, el cine y la televisión en su más esplendente auge; ahí están los gobiernos que, conscientes del nuevo fenómeno, han creado los Ministerios de Comunicaciones; ahí está esa nueva profesión cada día en mayor demanda que es la de los comunicadores industriales o sociales; ahí están, decorando el universo, los satélites artificiales de comunicaciones, capaces de ese milagro extraño de poder ver en la intimidad de nuestros hogares la jugada precisa y gritar ¡goool!, cuando jugada y

gol se producen en ese mismo instante en Alemania, México o en cualquiera otra parte del mundo o, también, lo que no parece ser tan trascendental ni emocionante, presenciar el momento exacto en que el hombre puso su pie en la Luna.

Sí, son argumentos contundentes. Sin embargo... en la medida que los medios de comunicación se perfeccionan y expanden su poder tecnológico para bien de la humanidad, el hombre, esa pequeña célula que la compone, experimenta día a día una mayor frustración en su impotencia para comunicarse, como lo hacía antes, con quienes lo rodean. Es cierto que, como nunca en su historia, él ha recibido una mayor información, jamás a través de tantos medios auditivos, visuales o audiovisuales, se le han dicho tantas cosas. Pero ante ese aparato mecánico que es un televisor o un receptor de radio, o ante ese objeto de papel escrito que es un periódico o una revista, el hombre, que para estos efectos recibe los más extraños denominativos: lector, televidente, espectador o auditor, no tiene la menor

posibilidad de replicar, ni de inquirir, ni de plantear una duda y así iniciar una charla. No hay forma: los medios masivos de comunicación están hechos para las masas, no para el individuo que queda, así, reducido a lo que en términos sociológicos se conoce como "un receptor".

Dónde está el diálogo

¿Y qué hay de eso que llamábamos diálogo? ¿O el intercambio de ideas? ¿O, simplemente, conversación?

Por cierto que aún se practica, pero quien tenga la paciencia y la calma de escuchar a los dialogantes y conversadores de nuestro tiempo, observará que en la mayoría de los casos, no hacen sino repetir o glosar lo que han estado recibiendo por los medios masivos de comuni-

cación. Y eso ni es interesante, ni menos intelectualmente estimulante.

Porque lo abismante en medio de este inmenso desarrollo tecnológico de las comunicaciones, de las instituciones burocráticas que son los Ministerios de Comunicaciones y sus dependencias, de estos nuevos profesionales que son los comunicadores a distintivos niveles, es que se han estudiado y perfeccionado las técnicas de la comunicación, pero aún parece no encontrarse —ni parece importar mucho el encontrarlo— qué es lo que hay que comunicar.

La historia no se detiene

Pero la historia de la civilización no se detiene. No es difícil predecir que ante esta saturación de los medios de comunicación que, paradójicamente, produce ese sentimiento de incomunicación que algunos dramaturgos señeros ya han detectado, llegará el momento que se imponga la necesidad de la verdadera comunicación. Será entonces cuando en las universidades se principiarán a

formar nuevos profesionales, que aspirarán al grado de Doctores en Diálogo. Mientras dure su preparación académica, los estudiantes tendrán la estricta prohibición de escuchar radio, ver televisión, leer periódicos, pues su atención será llevada no hacia los temas que se suponen interesa a esa entelequia que llaman humanidad, sino a eso real, palpable, consistente, que es el ser humano.

Será el ejercicio profesional de estos dialogadores, acudir al llamado de sus pacientes quienes los recibirán en sus casas y, desconectados todos los aparatos comunicadores, entablarán un verdadero diálogo en que el televidente, espectador o auditor, despojado ya de esa calidad, podrá departir con el nuevo profesional intercambiando impresiones sobre sus respectivas experiencias vitales, sus penas, sus alegrías, sus inquietudes, su forma de ver la vida.

No me imagino una profesión más lucrativa y con más contenido humano.

¿No podríamos acelerar el proceso e iniciarla... ¡ya!?

